

ASIA

INDIA

La Embajada de Chile en Nueva Delhi organizó, el día 21 de noviembre de 1981, una recepción de homenaje a Bello y la entrega a la Universidad Jawaharlal Nehru de una colección de libros sobre historia y literatura chilenas. Al acto asistieron embajadores y personal de las misiones diplomáticas latinoamericanas, el encargado de negocios de España, el vicescanciller de la Universidad Nehru, el director de la Escuela de Estudios Hispánicos, el director de la *National Book Trust of India* —la principal editorial hindú—, profesores universitarios y numerosos alumnos de español de la Universidad.

En esa ocasión, el embajador Tomás Vásquez leyó un trabajo sobre la vida y obra de Bello, y el vicescanciller, profesor K.J. Mahale destacó la importancia de ese acto para las relaciones culturales entre la India y América Latina.

Por otra parte, en la revista *Papeles de la India*, volúmenes x y xi, 1981-82, que edita el Consejo Hindú de Relaciones Culturales en Nueva Delhi, se publicó un artículo de Sangeeta Verma. En él se da cuenta de un acto conmemorativo realizado el 29 de noviembre en la Universidad Jawaharlal Nehru, cuya organización estuvo a cargo del director del Centro de Estudios Hispánicos, doctor Susnigdha Dey, quien disertó sobre la obra de Bello, haciendo también referencia a Raja Rammohun Roy, gran pedagogo hindú que residió en Inglaterra en la misma época en que Bello vivió allí.

A continuación el doctor Antonio Binimellis leyó un trabajo titulado *Andrés Bello, poeta virgiliano* y otros conferenciantes se refirieron a diversos aspectos de la obra literaria y filosófica del gran humanista americano.

En esta ocasión, la Embajada de Chile presentó la exposición fotográfica preparada por el Ministerio de Relaciones Exteriores y por la Universidad de Chile.

ISRAEL

La antigua literatura hebrea constituyó tema de estudio y meditación para Andrés Bello. Es así como en su *Compendio de la historia de la literatura*, publicado en marzo de 1850, destaca la sección destinada a las letras hebraicas, por ser la más extensa, dada la importancia que Bello le reconocía como parte de nuestra tradición cultural, y además por ser éste el trozo que incluye una mayor contribución original de Bello.

Este documento, junto a una nota introductoria del profesor Alamiro de Ávila Martel, fue publicado en el suplemento cultural del periódico *La palabra de Israel* que circula en nuestro país y en América Latina. Por otra parte, el Instituto Central de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica, España y Portugal, editó la versión original en español de este texto junto a su traducción en hebreo, además de material informativo acerca de la obra.

El mismo Instituto "reconociendo la importancia de la contribución aportada a la Humanidad por el gran americano que fuera Andrés Bello", proclamó a diciembre de 1981 como el mes de Andrés Bello.

En el marco de las actividades conmemorativas del bicentenario, la Universidad Hebrea de Jerusalén invitó al embajador chileno Santiago Benadava a dictar una conferencia sobre Andrés Bello, especialmente dirigida a profesores y estudiosos de la cultura hispanoamericana. Presentó al orador la doctora Myrna Solotorevsky, directora del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la referida Universidad. En su alocución, el embajador Benadava bosquejó los principales hitos de la vida de Bello, destacando su significación para la historia cultural e institucional de Chile y de América.

Entre los actos programados dentro del *Mes de Bello*, se contó una ceremonia realizada el 23 de diciembre de 1981. En ella hizo uso de la palabra el ex presidente de Venezuela Rafael Caldera, quien en su disertación se refirió a las tres etapas sucesivas de la vida de Bello; la que transcurre en Venezuela, su país natal, más tarde la de Inglaterra, y finalmente la de Chile, que fue el ámbito propicio para la elaboración de la parte más sustantiva de su obra.

La Municipalidad de Jerusalén se encargó de presentar la exposición fotográfica enviada desde Chile.

Entre las actividades de celebración del bicentenario, destacó la cumplida por el rector de la Universidad de Chile, brigadier general Alejandro Medina Lois, quien inauguró un bosque de diez mil árboles que lleva el nombre de Andrés Bello, situado en las cercanías de Jerusalén y que fue obsequiado por las entidades judías de Chile.

En solemne ceremonia organizada por el Instituto Central de Relaciones Culturales de Israel e Iberoamérica, y por el Keren Kayemet Leisrael (Fondo Nacional Judío), el rector procedió a la plantación del primer árbol de este parque. Otros árboles fueron plantados por los embajadores de Venezuela y de Chile. En la ceremonia hicieron uso de la palabra ambos embajadores, un representante de Keren Kayemet Leisrael, el presidente del Instituto Central, Mijael Mijael, y el rector Alejandro Medina.

REPÚBLICA ÁRABE DE SIRIA

La embajada chilena en Damasco presentó una exposición sobre la vida y trabajos de don Andrés Bello, a la que se invitó especialmente a los embajadores de habla española y miembros del Instituto de Cultura Hispánica. El jefe de la misión diplomática, embajador Miguel Jacob Helo, dictó una conferencia acerca de la importancia de la obra del ilustre sabio americano.

REPÚBLICA POPULAR CHINA

Dos actos académicos de gran relieve se llevaron a efecto en la República Popular China para conmemorar el bicentenario de Bello. Estas ceremonias se realizaron en la Universidad de Pekín y en el Instituto de Lenguas Extranjeras de la misma ciudad, los días 27 y 29 de noviembre de 1981. En ellas se pronunciaron disertaciones de notable calidad como *Perfil de Bello*, de Shen Shiyan, profesor adjunto del Departamento de Castellano; *Un jurista indefectible*, de Yang Enrui, y *En homenaje a Andrés Bello, el maestro de América*, del filólogo Chen Yongyi, que se reproduce a continuación. Por su parte el Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Venezuela en China, Régulo Burelli Rivas, hablando en nombre de su misión y de las de Chile, Colombia Ecuador y Perú, dictó una conferencia sobre el tema *Andrés Bello: La sabiduría útil*.

EN HOMENAJE A ANDRÉS BELLO,
EL MAESTRO DE AMÉRICA

*(Intervención de Chen Yongyi en el acto conmemorativo
con motivo de su bicentenario en la Universidad de Beijing)*

Al homenaje que en este momento está rindiendo Hispanoamérica al insigne polígrafo venezolano Andrés Bello con motivo del bicentenario de su nacimiento le sumamos aquí el nuestro quienes no por vivir lejos de su patria ni por pertenecer a una civilización muy distinta dejamos de admirar con asombro y arrobamiento su gran erudición y su multifacética producción intelectual.

Un acto conmemorativo como el de hoy, el primero de su especie en suelo chino, adquiere tanta mayor significación cuanto que lo celebramos en una época nueva, época en que tanto China como la tierra hispanoamericana que vio nacer a ese gran sabio suyo, ya libres ambas del coloniaje como soñaron en su tiempo sus mejores hijos, están empeñadas en sus respectivas obras que, distintas como son en muchos aspectos, coinciden en el objetivo común de labrar un radiante porvenir para sus futuras generaciones, objetivo que impone más que nunca la necesidad de estrechar entre sí sus múltiples vínculos y de conocerse cada vez mejor a través de un fecundo intercambio cultural. Estoy seguro de que la conmemoración en China del bicentenario del gran venezolano ha de significar una mayor profundización del intercambio cultural y del entendimiento mutuo entre el pueblo chino y los pueblos de Venezuela y demás países de habla castellana.

Hace exactamente dos siglos, el 29 de noviembre de 1781, en la ciudad de Caracas, nació en el seno de una familia de clase media quien más tarde había de ser el máximo humanista de Hispanoamérica. La Historia estaba en el umbral del siglo XIX, siglo que sería de trascendental significación en los anales de las naciones hispanoamericanas. Esto, en lo tocante a la época en que vino al mundo nuestro gran erudito. En cuanto al lugar, Caracas era entonces un centro de densa elaboración cultural que habría de ser uno de los polos, junto con Buenos Aires, de las grandes actividades sudamericanas de esa época. Todo ello, sumado a la situación familiar en que nació —poco dinero, buena cultura, intensa vocación espiritual— vino a constituirse en terreno abonado para la germinación de esa vigorosa semilla intelectual y su fecunda fructificación durante más de medio siglo.

Ya en sus tiernos años, Bello dio muestras de clara y despierta inteli-

gencia y acendrada afición al estudio, no sin influencia de su padre, quien, además de abogado y músico, se desempeñaba como modesto funcionario fiscal. A la formación de su carácter contribuyó también su madre, quien le comunicó bondad sin debilidad, modestia sin hipocresía, timidez en el trato social pero fortaleza en el trabajo y, sobre todo, tierna sensibilidad.

Obtuvo sus primeras inclinaciones y conocimientos humanísticos del fraile mercedario Cristóbal de Quesada, hombre de gran erudición y de espíritu liberal, quien le enseñó el latín con lecturas de Virgilio y Horacio y le ayudó a compenetrarse de las obras de Cervantes, Calderón y Lope de Vega. A la escasa edad de quince años ya supo traducir del latín la *Eneida* de Virgilio, pues su dominio de esa lengua era tal que hasta su maestro de latín, maravillado, se reconoció inferior a su discípulo.

Cursó estudios de Artes y Derecho en la Universidad de Caracas, realizando una carrera de distinciones. En poco tiempo llegó a dominar el francés. Con una gramática y un diccionario aprendió el inglés. Dio clases particulares, siendo el futuro Libertador Simón Bolívar uno de sus discípulos pese a la escasa diferencia de edad. Tuvo ocasión de conocer al gran sabio alemán Humboldt, a quien hizo compañía en 1800 en sus excursiones científicas en Venezuela, escalando el Monte Ávila, y en quien encontró un brillante ejemplo de erudición, asiduidad y total dedicación al trabajo intelectual, ejemplo que había de servirle de manantial de inspiración a lo largo de su trayectoria en todos los dominios del saber.

En 1808 se hizo redactor del primer periódico impreso en Venezuela, la *Gaceta de Caracas*, en cuyas páginas aparecieron, burlando el hermetismo informativo de las autoridades coloniales españolas, noticias sobre la lucha del pueblo español contra la invasión francesa y el surgimiento de las juntas en España, noticias que sirvieron de aliciente a la lucha, ya en gestación, del pueblo venezolano por la independencia. Escribió el *Resumen de la Historia de Venezuela*, destinado al *Calendario o Guía de Forasteros*, impreso en 1810. Al mismo tiempo, dio las primeras muestras de su talento poético en el soneto *A la victoria de Bailén*, donde proclama:

El león despertó; ¡temblad traidores!
lo que vejez creísteis fue descanso;
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
a la tímida liebre, al ciervo manso.
¡No insultéis al monarca de las fieras!

E imitaba en su *Égloga* a Virgilio cuando cantaba:

Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
con el clavel, la viola y el jacinto.

La lucha emancipadora del pueblo venezolano desembocó en el acontecimiento histórico del 19 de abril de 1810, en que una junta revolucionaria sustituyó a la Capitanía General designada por la Corona española. Fervoroso patriota e íntegro revolucionario, Bello asumió cargos distinguidos en la nueva organización nacional. Tres meses más tarde, estaba en Londres como secretario e intérprete de una misión diplomática integrada por Simón Bolívar y Luis López Méndez, con el objetivo de gestionar apoyo británico a la causa emancipadora. Pero no sospechaba Bello, cuando partía el 6 de junio de 1810 del puerto de La Guaira, que esa separación de su patria, a los veintinueve años de edad, sería para no volver más.

Concluidas las negociaciones con el gobierno británico y teniendo asegurado el apoyo del general Francisco Miranda, entonces exilado en Londres, Bolívar regresó junto con éste a Caracas, dejando en Inglaterra a Bello y a López Méndez para proseguir sus actividades diplomáticas, las cuales, sumadas a las inmensas facilidades que para el trabajo académico ofrecía la capital británica a un recién llegado de la Venezuela colonial, vinieron a determinar su permanencia de nada menos que diecinueve años en el país sajón.

Como diplomático, fue sucesivamente secretario de las legaciones de Venezuela, Gran Colombia y Chile. Si bien lo que ganaba apenas le alcanzaba para el sustento, la pobreza, rayana en la mendicidad, como hablaba de sí mismo en una carta, nunca le restó tenacidad y constancia en el trabajo intelectual.

Alojado en casa de Miranda durante el primer año en Londres, llegó a ser muy amigo de éste y leyó con avidez cuanto encontraba en su biblioteca. Profundizó su dominio del inglés. Aprendió el griego, hasta leer en el original a Homero y Sófocles.

El terremoto que azotó a Caracas en 1812 y el reflujo pasajero de la lucha independentista lo dejaron privado durante más de un año de todo contacto con la patria y, con ello, de todo sueldo como diplomático. Tuvo que soportar una vida de lo más austera, mudándose a un barrio de pobres inmigrantes españoles. Solía ir a pie, sin un penique encima, a la biblioteca del Museo Británico, donde leyó, entre otras muchas cosas,

gran cantidad de libros sobre Derecho Internacional. Tuvo que ganarse la vida enseñando castellano a los hijos de un funcionario inglés.

Su permanencia física en Inglaterra no debilitó ni en lo más mínimo su gran amor a la patria y a los suyos. Solicitó regreso a Venezuela en una carta que envió en 1815 pero que cayó en manos del comandante de las fuerzas coloniales españolas.

Desarrolló en Londres intensas actividades intelectuales con la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, donde aparecieron muchos de sus trabajos dedicados a orientar y forjar la conciencia de los pueblos de América. Fue en esos dos periódicos donde publicó, en 1823 y 1826, sus dos *Silvas americanas: Alocución a la Poesía* y *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*, consideradas como el punto de partida de una poesía hispanoamericana.

En su *Alocución a la Poesía*, por primera vez América proclama en forma poética que tiene conciencia de su personalidad y aspira a expresarse con voz propia. Contrapone el paisaje, los ríos, las llanuras, los montes de su continente con el europeo e invita a poetas y escritores a que abandonen "la culta Europa, región de luz y de miseria" y vuelvan los ojos al espléndido escenario del Nuevo Mundo:

Deja los alcázares de Europa,
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagarosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aun su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas
y las riquezas de los climas todos,
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Océano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera.

La *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* resulta una obra perfecta en tanto que didáctica o científica, género el más difícil para la poesía. Toda la flora americana alienta en esta *Silva*: en ella vemos las plantas y cultivos desfilar el lado del hombre, enmarcadas en él, reclamando su atención:

Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca,

sus rubias pomas la patata educa,
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.

Tema constante en el poema es la llamada al hombre de la ciudad para que, olvidando fáciles placeres, luchas y discordias, vaya al campo a disfrutar sus sencillos goces:

Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador ni envidias acibaran
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.

A primera vista, al lector occidental se le anotoja un estilo muy parecido al de Virgilio, y al lector chino, en particular, esta silva le recuerda los mensajes bucólicos de Tao Yuanming, poeta ermitaño que vivió durante la dinastía Jin, hace cerca de dieciséis siglos. Pero la semejanza no es más que formal, pues lo más esencial de las *Silvas americanas* de Andrés Bello es la nostalgia que siente un patriota de la tierra que le vio nacer pero de la que se ve obligado a permanecer ausente, nostalgia de quien en lugar de buscar consuelo en el olvido se dispone a dar lo mejor de sí en pro de un brillante porvenir de esa tierra y de su gente, como puede verse en sus borradores de poesía descubiertos a fines de la década del 50 y a comienzos de la del 60 de este siglo:

¿Y posible será que destinado
he de vivir en sempiterno duelo
lejos del suelo hermoso, el caro suelo
que a la primera luz abrí los ojos?
Cuántas, ¡ah!, cuántas veces
dando aunque breve, a mi dolor consuelo
oh montes, oh colinas, oh praderas,
amada sombra de la patria mía,
orillas del Anauco placenteras,
escenas de la edad encantadora

que ya de mí, mezquino,
huyó con presta irrevocable huida;
y toda en contemplaros embebida
se goza el alma, al par que pena y llora!
También humanas formas miro en torno,
y de una en una crédulo las cuento,
y el conocido acento
de amor y de amistad oigo y retorno.
¿Qué es de vosotros? ¿Dónde estáis ahora,
compañeros, amigos,
de mi primer desvariar testigos,
de mis antojos vanos y deseos
y locas esperanzas, que importuna
burló como las vuestras la fortuna?

Una serie de circunstancias derivadas de la situación compleja de esa época determinaron que quedaran sin respuesta sus reiteradas peticiones de regreso, así como su solicitud de ser nombrado para representar a Gran Colombia en Estados Unidos, país más cercano que Inglaterra a su patria. Sucedió que en ese momento llegó un ofrecimiento del gobierno de Chile. Aceptó la invitación después de agotadas todas las demás posibilidades, y emprendió viaje junto con su familia. Llegó el 25 de junio de 1829 a Valparaíso, ya canoso y con la frente llena de arrugas. Creía que sería poco lo que le quedaba de vida, sin sospechar que su permanencia en Chile había de durar 36 años cabales.

Fue objeto de calurosa acogida y gran atención del gobierno chileno bajo la presidencia de Francisco Antonio Pinto, con quien se había hecho amigo en Londres. Fue en Chile donde la semilla que germinó en Caracas y se hizo robusta planta en Londres, llegó a florecer y a cuajar en el fruto. El cúmulo de sus ideas requería desbordarse, de modo que su permanencia en Chile fue un constante magisterio. Se hizo prácticamente febril su labor pedagógica. Dio clases en el Colegio de Santiago; dio clases privadas en su casa; enseñó en el Instituto Nacional; aprovechó las páginas del periódico para promover y orientar la educación en todos sus órdenes; fue Rector de la Universidad de Chile desde su instalación hasta que falleció el 15 de octubre de 1865.

Como Senador y como consejero de los gobernantes fue el legislador de la Nación, cuyo Código Civil mantiene todavía su vigencia. Fue quien redactó los más importantes documentos del Estado (mensajes presidenciales, memorias ministeriales, etc.). En 1832 se publicó la primera edición de sus *Principios de Derecho de Gentes*, libro que le valió tan grande renom-

bre que llegó a ser el director virtual de la política internacional de Chile. Testimonio del alto aprecio a que se hizo acreedor en cuestiones internacionales es su designación como árbitro de los diferendos entre Estados Unidos y el Ecuador en 1864 y entre Colombia y el Perú en 1865, que sin embargo no pudo aceptar por su avanzada edad.

Intensas fueron también sus actividades periodísticas en Chile, que, al igual de sus demás actividades, revelaban las necesidades características de América. Tenía clara conciencia de su deber como periodista ante sus pueblos jóvenes que necesitaban instruirse sobre sus riquezas naturales, su cultura, su historia, así como sobre las grandes verdades difundidas en la humanidad. Como redactor de *El Araucano*, de Santiago de Chile, desde su fundación en 1830 hasta 1853, hablaba desde sus páginas al pueblo en tono de bondadoso y sereno maestro, criticando libros y espectáculos, estimulando y corrigiendo. Desde 1853 pasó a dedicarse por entero a la fase final de la elaboración del Código Civil, que no fue promulgado sino en 1855, después de más de veinte años de redacción, con reiteradas enmiendas, y cuyo texto había de servir más tarde de modelo para otros países hispanoamericanos.

Largo, larguísimo sería enumerar todo lo que hizo Andrés Bello en los más variados dominios del saber humano. No podemos sino quedar asombrados ante tan grande número de volúmenes gruesos de sus *Obras Completas* y la profunda penetración y perspicacia de su pensamiento. Pero aquí, lo primero que a los chinos nos llama la atención y nos interesa sobremanera es la inapreciable contribución del insigne polígrafo caraqueño a la pureza e innovación del idioma castellano así como a su insospechada difusión entre los pueblos de otros idiomas. Ninguno de los que en China aprendemos y estudiamos la lengua castellana desconoce el nombre de Andrés Bello. Si bien su *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, escrito a los veintiocho años de edad, aún antes de su viaje a Londres, es todavía poco conocido para muchos de nosotros, su *Gramática de la lengua castellana*, es en cambio, un libro de lectura y consulta obligatoria para cada uno de nosotros, un libro que nos abre de par en par las puertas de ese maravilloso palacio de un idioma tan bello, tan rico y tan lleno de exquisiteces y encantos que nunca haremos lo suficiente por aprender y asimilar. Y es por esto que me parece muy importante señalar aquí algunas de las más valiosas enseñanzas generales que su producción filológica nos brinda.

Primero, la importancia de la pureza idiomática. Por su defensa de la pureza del castellano, Bello fue, como dice Menéndez y Pelayo, "el salvador de la integridad del castellano en América". Erudito y político a la vez, temió menos, con serena visión para ello, a las inevitables y pasajeras

convulsiones políticas de esa época que a la anarquía definitiva, y una vez producida irreparable, en el uso del idioma. Ahora bien, si el primitivo propósito que le animó a dedicar tan grande parte de sus energías al trabajo filológico fue su reflexivo afán de atajar ese peligro de una Babel idiomática como consecuencia de la separación política, el significado de su obra resultó ser de mucho mayor alcance, como lo evidencia hoy la inmensa facilidad con que se comunican entre sí la veintena de naciones de habla castellana y la creciente importancia que un idioma común adquiere en el trato internacional. Pero el profundo significado de esa idea bellista no se limita al mero caso del castellano, pues los chinos de la nacionalidad *Han*, por ejemplo, hemos sido por experiencia propia testigos de las enormes ventajas que para la unidad nacional ofrece la uniformidad de nuestro idioma escrito, aun existiendo tan variados dialectos y acentos regionales, para no hablar de la futura pero no imposible uniformidad también ortológica.

Segundo, la importancia de un científico estudio gramatical para el mantenimiento de la pureza idiomática. Enemigo de toda actitud de espontaneísmo y abandono respecto al sistemático estudio gramatical, Bello defendió del modo más enérgico la necesidad de tal estudio, llegando hasta redactar personalmente un manual de gramática para escolares. En el prólogo de su *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, dice con plena razón al fundamentar su teoría: "Muchos habrá también que la crean inaplicable al estudio general de nuestra lengua. Yo pienso de diverso modo. Sin desconocer que la lectura de los buenos autores da un tino feliz que dispensa a ciertos espíritus privilegiados del estudio de las reglas; sin desconocer que el mismo instinto de analogía que ha creado las lenguas basta en muchos casos para indicarnos la legítima estructura de las frases, y el recto uso de las inflexiones de los nombres y verbos, creo que muchos deslices se evitarían, y el lenguaje de los escritores sería más generalmente correcto y exacto, si se prestara más atención a lo que pasa en el entendimiento cuando hablamos". Luego, colocando el estudio concienzudo del lenguaje a la altura filosófica y sobre una base plenamente científica, agrega: "Pocas cosas hay que proporcionen al entendimiento un ejercicio más a propósito para desarrollar sus facultades, para darles agilidad y soltura, que el estudio filosófico del lenguaje. Se ha creído sin fundamento que el aprendizaje de una lengua era exclusivamente obra de la memoria. No se puede construir una oración, ni traducir bien de un idioma a otro, sin escudriñar las más íntimas relaciones de las ideas, sin hacer un examen microscópico, por decirlo así, de sus accidentes y modificaciones. Ni es tan desnuda de atractivos esta clase de estudios como piensan los que no se han familiarizado hasta cierto

punto con ellos. En las sutiles y fugitivas analogías de que depende la elección de las formas verbales (y otro tanto pudiera decirse de algunas otras partes del lenguaje), se encuentra un encadenamiento maravilloso de relaciones metafísicas, eslabonadas con un orden y una precisión que sorprenden cuando se considera que se deben enteramente al uso popular, verdadero y único artífice de las lenguas". El verbo, por ejemplo, de los idiomas indoeuropeos, con sus numerosas inflexiones morfológicas y su gran variedad de uso sintáctico, presenta desde luego un caos, y esto es aún más cierto para quienes hablamos un idioma sin aparente inflexión verbal, un caos en que todo parece arbitrario, irregular y caprichoso. Pero Bello sabe despejar el desorden a la luz de un análisis poco menos que matemático, y descubrir en su lugar un sistema de leyes generales, que obran con absoluta uniformidad, y que incluso son susceptibles de expresarse en fórmulas rigurosas, que se combinan y se descomponen como las del idioma algebraico. Si bien las leyes entonces descubiertas por el insigne venezolano no agotan, como suele ocurrir históricamente, todo el secreto del verbo, dejando sin llenar algunas lagunas como, por ejemplo, en lo tocante al aspecto verbal y a los modos de acción (Aktionsarten), su clasificación de verbos desinentes y verbos permanentes sigue sirviendo de base al estudio aspectológico, y la nueva terminología que propone para designar los tiempos verbales como presente, ante-presente, pretérito, co-pretérito, ante-pretérito, ante-co-pretérito, etc., mantiene intacto su inmenso valor científico y práctico frente a la complejidad e inexactitud de la vieja nomenclatura, de origen latino. Ahora bien, si incluso para todos los que de por sí hablan castellano, y no solamente para los filólogos, considera Bello tan importante un sistemático estudio gramatical de su idioma materno, ¿qué decir de los que lo aprendemos y estudiamos como idioma extranjero? Comparto plenamente los conceptos arriba citados de Bello y considero inaceptable toda renuencia al estudio teórico y gramatical cuando se trata de dominar realmente un idioma extranjero, sin perjuicio, desde luego, de dotar dicho estudio de una amplia y sólida base de cotidiana práctica idiomática.

Tercero, la importancia de un estudio independiente e innovador a la vez de cada idioma. Bien sabida es la enorme influencia del latín sobre el español y la gran facilidad para el estudio analítico de cualquiera de las lenguas románicas ofrecían los conocimientos de la ya bien estudiada gramática de la lengua del Lacio. De ahí que en un principio, a partir de Nebrija, fuera muy corriente y a la vez muy natural y hasta cierto punto provechosa la práctica de aplicar la gramática latina al análisis de los hechos lingüísticos del castellano, cosa que nada tiene de sorprendente entre una lengua y otra que de ella es derivada, si, en el caso nuestro, no se

nos olvida que incluso en la inmortal obra de Ma Jianzhong titulada *Ma Shi Wen Tong*, publicada hace más de ochenta años y que marcó el comienzo del estudio con métodos modernos de la gramática de nuestro idioma, salta a la vista el ánimo de aplicar cánones y conceptos gramaticales del latín a un idioma tan lejano como es el chino, cosa que, con todo lo que tiene de censurable, tuvo entonces el gran mérito de hacer por primera vez en la historia un estudio comparativo entre el chino y los idiomas indoeuropeos en términos de sus similitudes y sus diferencias. Partidario del estudio del latín y dominando esa lengua a la perfección, Bello aprovechó, como se ve en las numerosas notas que puso en su *Gramática*, sus conocimientos de la lengua clásica para el análisis del idioma vernáculo. Pero fue él quien tuvo la valiosa virtud de saber defender con toda firmeza la independencia del castellano respecto a la lengua madre. Dice en el prólogo de esta obra: "En España, como en otros países de Europa, una admiración excesiva a la lengua y literatura de los romanos dio un tipo latino a casi todas las producciones del ingenio. Era ésta una tendencia natural de los espíritus en la época de la restauración de las letras... No era, pues, de extrañar que se sacasen del latín la nomenclatura y los cánones gramaticales de nuestro romance". Pero señala: "El habla de un pueblo es un sistema artificial de signos, que bajo muchos respectos se diferencia de los otros sistemas de la misma especie: de que se sigue que cada lengua tiene su teoría particular, su gramática. No debemos, pues, aplicar indistintamente a un idioma los principios, los términos, las analogías en que se resumen bien o mal las prácticas de otro". Su defensa del castellano como cuerpo independiente obedece a su convicción de que es "el uso popular, verdadero y único artífice de las lenguas". Es por eso que pureza e independencia eran para él una y la misma cosa, y que el insigne erudito rechaza la tendencia rigorista de mantener el idioma de una manera estática, como si estuviéramos en el siglo xvi, cuando dice: "No somos puristas; no pretendemos que vayan a buscarse en Cervantes y Fray Luis de Granada las palabras necesarias para verter a nuestra lengua las ideas de Laromiguière, Kant o Cousin. Pero creemos que, exceptuando un pequeño número de nombres técnicos cuyo sentido se fija por medio de acertadas definiciones deducidas de la generación de esas mismas ideas, nuestra lengua no carece de medios para expresar los pensamientos más abstractos y para amenizarlos y pintarlos". "Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a las exigencias de

la moda que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adularlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio". Esta actitud innovadora sin perjuicio de la pureza obedece, a mi juicio, al espíritu popular, práctico y actualizador que presidió toda la actividad intelectual de Bello, quien no por ser gran erudito y gran amante de las tradiciones clásicas olvidó que la cultura debe ser patrimonio de las grandes mayorías de hoy, y no una alhaja de unos pocos o de la gente de otros siglos. Semejante convicción halla otra expresión en las audaces reformas ortográficas que propuso ya en 1823, durante su permanencia en Londres, iniciativa que, si bien no ha llegado todavía a hacerse realidad por razones muy complicadas, nos recuerda a nosotros los chinos las enormes ventajas que para las grandes mayorías de nuestra nación brindan la simplificación de los caracteres de nuestra escritura y la introducción del sistema fonético *pingyin*, ambas ya en pleno curso. Pero, aun pareciendo paradójico, en la historia humana sucede a menudo que lo que se hace en interés del gran público, aunque primitivamente no está concebido más que para un momento o un país o zona particular, resulta cobrando, sin que se lo proponga quien lo hace, una proyección universal e imperecedera. "No tengo la pretensión —dice Bello—, de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vehículo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual, y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas; y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben". Su propósito inmediato era impedir que el nacimiento de numerosas repúblicas americanas en lugar de la unificada colonia española privara a sus pueblos de las "apreciables ventajas de un lenguaje común", convirtiéndolo en "una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, Perú, Buenos Aires, México, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución

de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional". El insigne defensor de la pureza del castellano mira a la Academia Española con todo respeto, pero sin ciega docilidad. "Nosotros nos contamos en el número de los que más aprecian los trabajos de la Academia Española, pero no somos de aquellos que miran con una especie de veneración supersticiosa sus decisiones, como si no fuese tan capaz de dormitar algunas veces como Homero, o como si tuviese alguna especie de soberanía sobre el idioma, para mandarlo hablar y escribir de otro modo que como lo pida el buen uso o lo aconseje la recta razón". Esta justa actitud la recibió la Academia Española con tan favorable comprensión y tan alto aprecio, que le concedió el honor, que lo era también para ella misma, de considerarlo como si perteneciera a la Corporación, y las posteriores ediciones de la *Gramática* académica no escatiman las citas del autor americano ni limita las amplias, fundamentales y frecuentes coincidencias con el mismo. La *Gramática* de Bello, que, modestamente escrita para los americanos, conmovió, no obstante, a los especialistas del país donde surgió esa misma lengua, mereció las siguientes palabras con que inicia y concluye Amado Alonso su introducción a los estudios gramaticales de Bello en la edición venezolana de las *Obras Completas*: "La *Gramática de la lengua castellana* de Andrés Bello, escrita hace más de un siglo, sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española... Yo no sé qué otra gramática podría salir tan airosa como ésta de la rigurosa crítica a que la estamos sometiendo. Es una Gramática que quiso ser educativa y no especulativa, escrita hace más de cien años, justamente el siglo en que se ha constituido en ciencia el estudio del lenguaje; le estamos aplicando una crítica estrictamente lingüística, y no sólo una exigente comparación con las gramáticas más acreditadas y con todo se mantiene en pie como cosa bien viva. No como la mejor Gramática Castellana a falta de otra mejor, sino como una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua". Lo que aquí podríamos agregar es que si al escribir para los americanos no preveía Bello la gran repercusión que había de tener su obra en la propia España, con mayor razón podemos afirmar que aún menos sospechaba la profunda admiración con que, más de un siglo después de su publicación, sería leída en esta lejana tierra oriental.

Cuarto, lo más valioso que en el terreno lingüístico propiamente dicho nos ha legado Bello no lo constituyen tanto las reglas y ejemplos particulares que figuran en su *Gramática*, algunos ya caducos con el tiempo, cuanto su doctrina gramatical general. Tiene razón cuando mira el lenguaje como un sistema en sí mismo coherente, originario del mundo objetivo pero distinto de él, de modo que los accidentes de éste no siempre hallan

exactas contrapartidas en el lenguaje. El sexo natural y el género gramatical, por ejemplo, son dos conceptos distintos, como distintos son el número calculable de los objetos reales y el número gramatical. De otro modo quedaríamos sin entender por qué el sustantivo femenino castellano *persona* puede designar un ser humano de sexo masculino, ni por qué el sustantivo neutro alemán *das Weib* significa nada menos que "mujer", ni por qué el chino hablado no distingue entre los pronombres "él" y "ella" aun refiriéndose a personas, para no hablar de cosas inanimadas. Tampoco sabríamos explicarnos el uso del número singular pero en caso genitivo del sustantivo ruso para la cantidad desde dos hasta cuatro, ni el singular del verbo en la oración francesa *il est venu deux enfants*, ni el plural en la locución castellana *retener en rehenes a una persona*. Las combinaciones sintácticas reflejan, desde luego, determinadas relaciones lógicas o accidentes psíquicos, pero no debemos olvidar que una cosa es la lógica y la psicología y otra el lenguaje, so pena de quedar atónitos ante hechos lingüísticos como, por ejemplo, la locución china *jiu huo* que, si bien literalmente es "salvar el fuego", quiere decir "combatir un incendio", o una oración japonesa como *kyoo watashi-wa yasumi desu*, que palabra por palabra sería "hoy yo soy descanso". En el prólogo de su *Gramática*, Bello dice: "obedecen, sin duda, los signos del pensamiento a ciertas leyes generales, que derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal. Pero si se exceptúa la resolución del razonamiento en proposiciones, y de la proposición en sujeto y atributo; la existencia del sustantivo para expresar directamente los objetos, la del verbo para indicar los atributos y la de otras palabras que modifiquen y determinen a los sustantivos y verbos a fin de que, con un número limitado de unos y otros, puedan designarse todos los objetos posibles, no sólo reales sino intelectuales, y todos los atributos que percibamos o imaginemos en ellos; si exceptuamos esta armazón fundamental de las lenguas, no veo nada que estemos obligados a reconocer como ley universal de que a ninguna sea dado eximirse". "No debemos, pues, trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras. Se ha errado no poco en filosofía suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento; y esta misma exagerada suposición ha extraviado a la gramática en dirección contraria: unos argüían de la copia al original; otros del original a la copia. En el lenguaje lo convencional y arbitrario abraza mucho más de lo que comúnmente se piensa". A este principio se atiene Bello cuando explica el género de los sustantivos exclusivamente por su comportamiento gramatical, con total prescindencia del sexo natural, y critica a la Academia Española la confusión de las "cosas significadas por los nombres" con "los nombres

mismos”, y, sobre todo, cuando reacciona categóricamente contra la práctica logicista de trasladar al lenguaje la división aristotélica de toda proposición en sujeto, cópula y atributo, señalando que en la oración simple no hay más que dos partes: el sujeto y el atributo.

De Bello dice su biógrafo Miguel Luis Amunátegui que “pasó la vida enseñando”. Esto es particularmente cierto en cuanto a su existencia en Chile, que fue una continua y perseverante labor educadora. Esto fue así porque estimaba “la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el Gobierno; como una necesidad primera y urgente, como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas”. Estas palabras mantienen todavía todo su valor y justeza por encima de las épocas y las fronteras, y también aquí en China, en este momento, deben servirnos de constante toque de atención en nuestro multifacético esfuerzo por modernizar a la Nación, pues sucede a menudo que por miopía sólo atendemos lo material e inmediato en detrimento de lo cultural y de largo alcance, atribuyendo a la instrucción pública menos importancia de la que merece.

Bello es partidario de una educación integral: educación moral, intelectual y física, con la moral en el primer lugar. Si bien lo que él entendía entonces por educación moral difiere de lo que entendemos ahora, este principio no pierde por ello su validez general y debe ser la piedra angular de toda ciencia pedagógica.

En cuanto a la metodología pedagógica, el ilustre Maestro se opone a la práctica de hacer del alumno “un receptáculo pasivo de ideas ajenas, a que él no tenga que añadir ninguna especie de elaboración”, y señala que al niño “puede serle perjudicial que se le facilite y allane de todo punto la adquisición de sus primeros conocimientos”. Defiende la necesidad de desarrollar en el alumno el espíritu de observación, ya que “una enseñanza que no procura acrecentar y desarrollar la observación y otras nobles facultades, no puede ser completa ni producir en el porvenir el menor provecho”, y que “la mejor educación del entendimiento, la que más facilita la investigación de la verdad en las ciencias y en los negocios de la vida, es la que desde temprano pone en ejercicio todas las facultades intelectuales”. Todas estas ideas coinciden con lo que hoy ya es considerado comúnmente justo en materia de metodología pedagógica.

Cuando decíamos que, al desarrollar sus estudios filológicos, supo Bello colocarlos a la altura filosófica, nos estábamos refiriendo a aquellas concepciones filosóficas a cuya luz supo analizar y sintetizar los hechos lingüísticos para descubrir las leyes que los rigen. Bello no se dedicó a la filosofía como a una disciplina especializada, pero tuvo como base de sus

múltiples actividades un fondo filosófico. No alcanzó la estatura de jefe de una escuela filosófica, como sucedió, por ejemplo, con el Bello poeta americanista o con el Bello de la Gramática para los americanos. Pero no por ello dejó de reflejar las huellas de las variadas y poderosas influencias que sufrió y de exponer un análisis muy personal para determinados problemas filosóficos, pues sin un neto concepto filosófico y dejándose arrastrar a la deriva por los fenómenos particulares y aparentemente desligados entre sí, no habría podido llegar a su altura, vastedad y coherencia científica. Esto se pone de manifiesto para todo el que lea sus obras, filológicas y otras, aun antes de entrar a estudiar su obra especializada *Filosofía del entendimiento*.

Aquí no viene al caso enumerar y analizar con detalle el pensamiento filosófico de Bello y las influencias que recibió de Kant, Locke, Hume, Leibniz, Condillac, Laromiguière, Cousin, Melebranche y Berkeley, de quienes discrepamos en numerosos aspectos los que profesamos la filosofía marxista. Lo que nos interesa es aquello que el pensamiento filosófico del gran sabio americano tiene de bien fundado y que le sirvió de base para alcanzar sus asombrosos éxitos intelectuales en tan variados campos del saber humano.

Bello atribuye gran importancia a la observación de los hechos objetivos y a su elaboración racionativa cuando dice en su *Filosofía del entendimiento*: "La Filosofía es en todos sus ramos, lo mismo que la Física y la Química, una ciencia fundada en hechos que la observación registra y el raciocinio demostrativo fecunda". Correlativo a esto es el método general que propone para las ciencias naturales: observación, generalización por el raciocinio empírico y por la analogía, deducción de las fórmulas obtenidas por la síntesis analógica y confirmadas por la experiencia, si bien establece otro método, el deductivo puro, para las matemáticas puras.

Digna de mención es también su reiterada condenación de la empírica compartimentación mental del mundo y el consiguiente desconocimiento de su unidad y de las leyes universales que lo rigen. *En el discurso de instalación de la Universidad de Chile expuso*: "Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezquino *cuibono?*, y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero porque, para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque, como dije antes, el cultivo de la inteligencia con-

templativa que descubre el velo de los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia”.

Otro rasgo característico del pensamiento de Bello es su nunca ausente espíritu de equilibrio, que aconseja evitar todo enfoque extremado o unilateral y que permite penetrar sutilmente lo que puede haber de justo en las más encontradas opiniones humanas. Supo compaginar, en materia de filología, por ejemplo, el purismo con la innovación, la uniformidad con la variedad y la independencia con la indisoluble ligazón. Igual ocurre en su labor como crítico literario. Esencialmente clásico, no por ello perdió de vista que el romanticismo de su época, a pesar de sus excesos, representaba una saludable reacción contra el abuso pseudo clasicista de pretender encadenar el espíritu a una imitación servil y perpetua de los escritores antiguos, y rechazó “la autoridad de aquellas leyes convencionales con que se ha querido obligar al ingenio a caminar perpetuamente por los ferrocarriles de la poesía griega y latina”. En materia de conducta humana en general, resalta también su espíritu de equilibrio cuando acoge “la libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra, a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano”.

Todo cuanto acabo de exponer no ha podido sino dar una idea muy limitada y fragmentaria de la extraordinaria estatura moral e intelectual de Andrés Bello, cuya figura se nos presenta con tanta mayor brillantez cuanto más leemos y estudiamos sus obras. Es imposible enumerar su multifacética producción intelectual en un breve acto conmemorativo. Pero podemos afirmar sin temor de exageración que Bello no pertenece solamente a Hispanoamérica, ni solamente a todas las naciones de habla castellana. Pertenece a la humanidad entera, de ayer, de hoy y de mañana. Su nombre será siempre recordado en cualquier parte del mundo donde el hombre trabaje y estudie, por encima de todas las diferencias de historia, civilización y cultura, y sus obras quedarán como valiosísimas joyas en el grandioso caudal común del saber de todo el género humano. La mejor manera de rendirle homenaje aquí en China es asimilando todo cuanto en sus obras haya de útil para nuestra causa y estrechando nuestros lazos con la tierra que le vio nacer, todo ello por medio de una mayor difusión y profundización en nuestro país del estudio del idioma a que tan grandes energías consagró.